

volencia de amigo; me decía el Sr. Marquina: «No hemos podido averiguar todavía lo que sobre los ejércitos piensa, no ya la minoría republicana, pero ni siquiera el Sr. Castelar. ¡Ah! El Sr. Castelar defendió los ejércitos voluntarios el año pasado, y en este año ataca los ejércitos voluntarios.» Yo le ruego al Sr. Marquina que me atienda, y ffo en su claro criterio, que me hará justicia.

Yo divido el ejército en ejército forzoso, ejército voluntario, ejército mercenario y ejército de ciudadanos. El ejército forzoso es el ejército de Francia, Austria y España. Yo no lo quiero nunca, en ningún caso; yo no lo quiero nunca para ningún pueblo, y menos que para ningún pueblo, para España.

El ejército voluntario es el ejército de Inglaterra. Yo lo prefiero al ejército forzoso, lo prefiero siempre; pero tampoco lo quiero. Prescindiendo de consideraciones más altas, yo creo que todo ejército de voluntarios, todo ejército retribuido, está muy cerca de ser un ejército de pretorianos. Y esta grande calamidad, en todas partes muy temible, lo es más en España, donde suele suceder (yo no digo que suceda ahora), pero suele suceder que una parte de nuestros generales sublevan el ejército en nombre de la libertad, y otra parte de nuestros generales sublevan el ejército en nombre de la autoridad. Si dais un ejército de mercenarios; si dais un ejército retribuido inmediatamente por esos generales; si dais un ejército de veteranos, corréis gran peligro de tener aquel

ejército de veteranos que tenía César, y el cual tanto le sirvió para destruir la república; corréis un gran peligro de encontraros, como dije en la sesión recordada por mi adversario, con que la legión de Roma levanta á Othon; las legiones de Pannonia levantan á Vitelio; las legiones de las Galias levantan á Galba; las legiones del Asia á Vespasiano, hasta el día que, no teniendo emperador que levantar, porque la misma espada que los levantaba los destruía, se van á las fortificaciones, y echando el manto de púrpura sobre las murallas, sacan á pública subasta la majestad del imperio.

No quiero las cabezas redondas de Cronwell; no las quiero, porque lo que yo más abomino en el mundo son las dictaduras, y las dictaduras militares. Siendo tan antimonárquico, prefiero á los dictadores los reyes.

¿Sabéis cuál es mi ejército? El ejército de ciudadanos. ¿Y sabéis cuál es el ejército de ciudadanos? Pues es aquel que en tiempo de paz se está tranquilo en su casa, en reserva, porque no tiene nada, absolutamente nada que hacer. La seguridad pública se halla encomendada á la policía municipal y á la policía judicial; la seguridad de los caminos se halla encomendada á la Guardia civil; y si no hay bastante con 12.000 hombres, poned 24.000, para que los caminos estén seguros y para que la propiedad y las personas no padezcan nada. Pero el ejército verdadero es aquel que junta en uno la Milicia Nacional y

la Milicia de línea; que está en su casa, y cuando la patria pelagra y corre graves riesgos de perder su independencia, en esas circunstancias supremas, como hay un gobierno demócrata que está sostenido por el sentimiento de todos, en esos momentos el ejército se levanta y acude afanoso á conjurar el peligro, es decir, á salvar la honra y la independencia de la patria. Y esto, Sres. Diputados, que en todas partes es un grande ideal, en España es una tradición. Aunque haya tratado de ocultarla el partido moderado por sus innovaciones, no deja de ser una tradición incuestionable en España el ejército nacional.

Hablamos mucho de nuestras tradiciones; pero siempre refiriéndonos á la Iglesia y á la monarquía, como si no hubiera tradiciones más gloriosas. Y si no, examinemos nuestras grandes batallas, que son como jalones colocados en el camino gloriosísimo en que levantamos el suelo de la patria. Primera batalla: Covadonga, en Asturias, raíz de nuestra nacionalidad. Segunda, ya en la Rioja, batalla de Clavijo. Tercera, en la línea del Duero, Calatañazor. Cuarta, en los reinos de Andalucía, Las Navas de Tolosa. Quinta, en las puertas de Africa, el Salado. A consecuencia de la batalla de Calatañazor, con ochenta y tres años más tarde en nuestro poder Toledo; después de Las Navas, Sevilla y Córdoba, y tras la batalla del Salado, vendrá en dos siglos sucesivos la reconquista de Andalucía y aun la conquista de una parte del África.

Yo os pido que examinéis despacio estas grandes batallas, sobre todo las últimas, y veréis que el ejército que las ganó se componía de tres elementos (me refiero á los tiempos en que estaba ya más organizada la sociedad de la Edad Media). El elemento real con estandarte del rey; el elemento señorial con el pendón y la caldera en signo de la nobleza, y al lado de estos dos elementos, el tercero, el ejército de las villas y del municipio; de modo que la mayoría de este ejército la componía lo que podemos llamar el ejército nacional. Era aquel un ejército compuesto de ciudadanos que después de haber representado á la Nación en Córtes, que después de haberse sentado en el jurado, ó haber ejercido la autoridad municipal, empuñan su lanza y van á defender la independencia y la libertad de la patria. Fijaos no más que en una de estas batallas; por ejemplo, en la de Las Navas de Tolosa. Las tropas reales las manda Alfonso VIII. La vanguardia la manda D. Diego López de Haro, con la parte señorial. El ala derecha la manda Sancho el Fuerte de Navarra; el ala izquierda Pedro II de Aragón. En aquel ejército van las milicias de Atienza, de Almazán, de Soria, de Toledo, de Valladolid, de Segovia. Secundado por estas milicias, peleó Sancho el Fuerte hasta hacer su prodigio de saltar sobre el compacto muro que formaban los desnudos negros del Africa, y acercar su caballo espumoso y caracoleando, como en gentil torneo, á las puertas de la tienda donde el gran

Míramolín pedía en oración al fuerte Alah para sus fieles la victoria.

No quiero hablar de hechos de la Edad Media, porque diréis que aquella organización no es aplicable á nuestros tiempos. Sin embargo, vosotros habéis grabado en esas inmortales lápidas los nombres de los mártires de Villalar, y esos nombres significan la conclusión de las milicias populares, y la conclusión de las milicias populares significa la conclusión de las Cortes, del municipio, del jurado, y el advenimiento del absolutismo que desoló nuestro espíritu y nuestra tierra.

Pero todavía hay tradiciones de ejércitos nacionales más cercanas á nosotros. En el siglo XVIII, cuando nuestro ejército de línea estaba consumido, se renovó y se fortaleció por las milicias provinciales. Es verdad que tenían el carácter de su época, que eran mandadas por los nobles; pero á pesar de ese carácter, aquel ejército era un verdadero ejército nacional, y con el tiempo un ejército democrático. Pero, señores, puede hablarse en otras partes de la inutilidad de los ejércitos nacionales; tal vez la táctica antigua dude de la eficacia de los ejércitos nacionales. Pero aquí, en Madrid, pero aquí, en España, pero aquí, en esta nación, no puede dudarse, no debe dudarse de esto sin renegar de nuestros padres, sin renegar de la mayor de nuestras glorias, de la guerra de la Independencia.

Lo mismo Federico de Prusia que los grandes

tácticos, no sabían que existía una guerra, no sabían que había una guerra destinada á burlar todos los cálculos de la táctica matemática y clásica, la guerra de los pueblos; y esa guerra no fué revelada á la historia moderna, no fué revelada á las sociedades contemporáneas sino por el pueblo español, sino por la *iliada* de la Independencia. Registrad los autores de tácticos modernos, registrad á Rostow, ese gran táctico de Suiza y Alemania; ved sus numerosos volúmenes escritos sobre esta materia, y encontraréis que después de haber estudiado la táctica de Federico, las modificaciones que en ella introdujo el tiempo; después de haber estudiado la táctica de Carnot, después de haber estudiado los nuevos elementos que en la táctica de Carnot introdujo Napoleón, dice que nadie había contado con una nueva táctica, con la guerra de los pueblos, y que la revelación de esa táctica y de esa guerra gloriosísima pertenece á la nación española.

Pues cuando en Alemania y Suiza, en todo el mundo moderno, se reconocen y se proclaman las grandes ventajas de esta nueva táctica, nosotros, representantes del pueblo y reflejo del sufragio universal, nosotros no queremos los ejércitos nacionales y nos olvidamos de todas las glorias y de todas las tradiciones de nuestra patria.

Porque, á decir verdad, Sres. Diputados, ¿cuándo fué Napoleón más inteligente, más dueño de sí que en 1800? Con ser tan extraordinario genio, con ser

el primer estratégico que registra la historia, todas las ciencias, todas las artes necesitaban de tal manera de la práctica, que los autores de historia militar convienen todos en que Napoleón no llegó á la perfección de su genio hasta el año 1800. Federico de Prusia, el gran revolucionario militar del siglo XVIII, había extendido á todas las naciones su táctica lineal, por la que se encontraba el rey absoluto, el jefe incondicional de los ejércitos, en íntima comunicación con sus soldados-máquinas. Carnot había transformado esta táctica; había creado las divisiones, y cada división la había compuesto de todas las armas, infantería, artillería y caballería; luego había creado los grandes generales de división, y el ejército republicano venía á formar una verdadera serie de federaciones, porque los generales de división se entendían con el general en jefe, el cual se hallaba acompañado de tres miembros de la Convención elegidos por el comité de Salud pública, y este ejército debía tener, como carácter distintivo de los ejércitos franceses, el carácter ofensivo, la rapidez, la celeridad del rayo. He aquí explicado el secreto de aquella acción victoriosa del ejército francés sobre el mundo. Las divisiones confunden al oficial con el soldado. Los tiradores venidos de la guerra de América se combinan en los grandes grupos militares. La guerra es democrática.

Pero Napoleón crea los grandes cuerpos de ejército, y al crear estos grandes cuerpos, se propuso que

200.000 hombres se movieran con la rapidez con que movía Carnot 60 ó 70.000 separados. Organiza el estado mayor. Cada uno de aquellos grandes generales por el estado mayor se comunicaba con el general en jefe. El estado mayor se dividía en administrativo, en estratégico, en táctico, y de este modo aquellos generales no eran tan libres como los del ejército republicano, los del ejército de Carnot, pues se hallaban más sometidos á su general en jefe; ni tan esclavos como los del ejército de Federico, porque el general en jefe les daba mayor libertad.

Aquellas grandes masas ejecutaban siempre la guerra ofensiva; sólo en Austerlitz siguió la defensiva, haciendo lo posible por salir pronto de tal actitud, incompatible con el genio nacional de Francia. Así ganó la batalla de Marengo, pasó el puente de Arcole, y venció más tarde en Jena; y entonces fué cuando se encontró en la perfecta y completa posesión de su poder aquel genio militar, el más extraordinario, indudablemente, que han visto los siglos.

Parecía invencible. ¿Dónde, sin embargo, este genio militar se estrelló? ¿Dónde encontró su táctica un elemento con el cual no había contado? Entre nosotros, en España. Notad, Sres. Diputados, las condiciones en que se hallaban los ejércitos españoles; notad el principio de la guerra, y veréis de qué manera estaban todas las ventajas por él y todas las desventajas por nosotros. Por medio de Murat se

había apoderado de San Sebastián y Pamplona; por medio de los generales que envió á Cataluña, se había apoderado de Figueras y de Monjuich; por medio de Junot, se había apoderado del extremo Occidente de la Península, de Portugal. De suerte que la nación española, cuando comenzó la guerra, estaba como Jesús, enclavadas las dos manos y enclavados los dos pies por las bayonetas francesas.

Además de eso, además de estar enclavada la nación, se hallaba miserablemente vendida. Los reyes habían hecho cesión del territorio español al conquistador, creyéndole invencible. Muchos nobles habían ido al Congreso de Bayona, «generosos franceses de Castilla», como los llaman aún los poetas de Francia. No había, pues, defensa contra el invasor.

Es más: el Marqués de la Romana, relegado allá en los hielos del Norte, iluminado por las auras boreales, si quería ser buen militar, si quería ser buen guerrero, tenía que obedecer precisamente al rey que había vendido la patria. Y luego ¡Daoiz y Velarde! ¡Esos fueron los rebeldes! Esos tenían orden de obedecer á Murat, á quien fastosamente había entregado el mismo Fernando VII la espada de Pavía. Y ¿qué hizo la nación española? ¿Qué fué el levantamiento del Dos de Mayo? Fué un levantamiento popular.

La primera provincia que declaró la guerra fué Asturias, y la Inglaterra buscaba en el mapa aque-

lla porción de tierra sin siquiera encontrarla, y allí, pelotones de guerreros empiezan la campaña. Asturias, como en tiempo de Pelayo, es la bellota que encierra la encina de nuestra nacionalidad. Santander oye la voz de Asturias, y 5.000 hombres que tienen por núcleo la milicia de Laredo, se lanzan al combate. Las provincias gallegas crean 40.000 hombres, cuya vanguardia la formaron los batallones literarios, compuestos de estudiantes, que cambian los libros por las armas.

Los batallones provinciales de Valencia, en cuanto conocen la traición de que son víctimas, se retiran de Portugal, abandonan á Junot y vienen aquí á morir por sus hermanos. En Valencia, un vendedor de pajuelas se arranca la faja, la cuelga de una caña, y aquel roto y rojo harapo es una bandera que congrega al pueblo y lo conduce al sacrificio y á la muerte; pero muerte, sacrificio, que son el rescate de la patria.

Desde aquel momento comenzó Napoleón á creer que en España había algo más que un ejército, que en España había un pueblo. Mientras él peleaba con ejércitos de línea, mandados por príncipes y reyes, y adiestrados en la gran táctica matemática de Federico de Prusia, había triunfado siempre en todas partes: aquellos eran los ejércitos de los privilegios, eran los ejércitos de la tradición, no eran los ejércitos del derecho. Debía ser vencido y soterrado; fué vencido, fué soterrado el día en que se encontró

frente de sí un ejército nacional que defendía la libertad y la independencia de un gran pueblo.

Porque, señores, en la batalla misma de Bailén, no lo niego, había 9.000 hombres de tropas regulares, que eran la base de la división de Redin, la de Coupigni, la de Castaños; pero ¿de dónde habían salido los 26 ó 27.000 hombres que reunieron esos generales? Eran pelotones de aquellos andaluces que defendían, con el esfuerzo de sus antiguos progenitores, la patria de sus padres. Así es, que el mismo general Foy en sus Memorias dice: «Cuando llegó la noticia de que las águilas imperiales, vencedoras de la tierra, habían sido heridas en Bailén, Napoleón lloraba de rabia al ver que su táctica, al ver que sus ejércitos, al ver que su matemática, su grande estrategia, habían sido derrotadas por un ejército compuesto de improvisados guerreros, vencedores, sin embargo, de sus invencibles veteranos.»

¿Y en qué, Sres. Diputados, en qué consistía nuestra fuerza? ¿Qué hicimos en el Bruch, en ese nombre tan grato al Sr. Presidente del Consejo de Ministros? ¿Qué fué lo que venció al ejército francés cuando se encontraba en Martorell? ¿Fué, por ventura, la táctica de Federico? ¿Fué algún general en jefe? No; fué la campana de las torres de Igualada y de Manresa, que tocaba á rebato despertando á los antiguos almogábares, los cuales aflaron sus hierros en las breñas, dando cuenta con ese hierro popular, de los franceses, del ejército de los Césares.

Después, Sres. Diputados, cuando llega en este año de 1808 el gran día, el día sublime, que recuerda las Termópilas, que recuerda á Maraton, Platea y Salamina; cuando llega el gran día de Zaragoza, en que un pueblo entero se sacrifica como la antigua Numancia, y la antigua Sagunto, en que un pueblo entero se suicida con el sublime delirio por la patria, ¿qué había sido del ejército de Palafox? Después de la batalla de Epila había sido roto y disperso. Cuando Zaragoza juró morir, sólo tenía 300 hombres de ejército. Y sin embargo, en aquel abandono se improvisan las baterías; se levantan los fuertes y las aspilleras; se sale á las eras; se llena de cadáveres el portillo de Santa Engracia; se vuelven artilleros las mujeres y hasta los niños, y Zaragoza escribe en sus muros esta gran sentencia, que toda la Europa admira y que todos los pueblos del mundo han reconocido: «De las grandes naciones que pelean por la libertad y la independencia, es posible conquistar el cadáver, pero no es posible conquistar el alma.»

No quiero continuar, señores; no debo continuar, porque yo creo que de tal manera está todo esto en la conciencia de cuantos me escuchan, que no necesito esforzar el argumento.

Yo bien sé que se me dirá: «¿Y cómo te olvidas de Wellington, cómo te olvidas del general en jefe que ha ganado tantas batallas?» No lo olvido; la nación no lo ha olvidado; no lo olvidará la historia.

Sus soldados, después de todo, eran soldados voluntarios. Pero examinad bien la guerra de la Independencia. La guerra de la Independencia se divide en muchas épocas. En 1808 es el levantamiento, el primer ímpetu; en 1809 es la primer resistencia; pero en 1810, pero en 1811, pero en 1812, el ejército de línea está en todas partes vencido, y no quedan más que los hijos del pueblo, que los grandes guerrilleros. ¿Qué era Porlier, qué era Lacy, qué era el Empeinado, qué era Mina, qué era Milans del Bosch, qué eran todos sino soldados improvisados por el pueblo, y sin más táctica que la táctica primitiva de Viriato?

Porque la verdad es que Wellington, sin grandes batallas, tuvo que retirarse dos veces á Portugal, y dos veces Inglaterra nos dejó abandonados; abandono que duró mucho tiempo, sobre todo después que Napoleón, no sabiendo qué hacer, y desconcertado Murat, Ney y Marmont, todos sus grandes mariscales, tuvo que mandar al mariscal de los mariscales, al Duque de Rívoli, á Massena.

Pues bien; entonces Wellington, dejando abandonada la España, se retiró á las líneas de Torres Vedras á organizar allí su táctica matemática y acompañada, y mientras tanto el esfuerzo de la patria, la gloria de la patria, la honra de la patria y la independencia de la patria estaban defendidas por guerrilleros que renovaban todos los días las proezas del Cid y de Pelayo.

Es verdad que desde Salamanca hasta la batalla de Vitoria, que desde la batalla de Vitoria hasta la batalla de Tolosa, que desde la batalla de Tolosa hasta la reconquista de San Sebastián, y desde la reconquista de San Sebastián hasta Bayona, en todas estas grandes evoluciones Wellington nos sirvió de mucho, mas nos sirvió antes y después cuando el pueblo español había consumido 200.000 hombres del ejército francés, y nos sirvió para ir pisando materialmente las pezuñas de los caballos franceses que huían del empuje soberano de nuestro pueblo, sin poderse explicar cómo los guerrilleros habían vencido á los veteranos, cómo la táctica del pueblo había desconcertado la táctica del César.

Ahora bien, Sres. Diputados, y sobre todo partido progresista, tú que tienes tantas y tantas tradiciones empeñadas en esta epopeya gloriosa, tú que te lanzabas en Cádiz á combatir por todas partes, tú que con una mano trazabas el Código democrático de 1812 y con la otra tocabas el arpa de Quintana, nuevo Tirteo que despertaba las fibras de la patria, ¿puedes dudar de los ejércitos nacionales y sustituirlos, faltando á tus ideas, faltando á tus tradiciones, faltando á tus compromisos, con un ejército forzoso? No lo puedo creer, no lo debo creer.

Y sobre todo, mi enmienda se refiere á 1871. Si el general Prim fuera perseverante me prometería que en 1871 no habría más quintas; pero el general Prim, permítame S. S. que lo diga, comete el error de las

quintas y luego es perseverante y tenaz en ese mismo error.

Señores Diputados, voy á concluir y voy á concluir haciendo con toda la prudencia que el caso requiere y guardando todos los respetos que grandes consideraciones de patriotismo nos imponen, una ligera reflexión política.

Yo, Sres. Diputados, no sé lo que aquí va á pasar. Lo único que me consuela es que nadie lo sabe. Pues bien, Sres. Diputados, suceda lo que quiera nadie puede negar que la situación de esta ha cambiado, que ha cambiado la situación de esta mayoría y que ha cambiado también hasta nuestra respectiva situación.

Yo de mí sé decir que la otra noche, y lo digo con sinceridad y por mi cuenta, si al oír aquello de *radicales, defenderse!* hubiera visto algo más que una persona, si yo hubiera visto la bandera radical, bajo cuyos pliegues también estábamos nosotros, la bandera iluminada por los rayos de nuestras grandes ideas y salpicada con la sangre de nuestros héroes y nuestros mártires, la hubiese seguido. Pero vi una persona para mí respetable, no vi más que una persona, y yo nunca seguiré á una persona. Ninguno de nosotros seguiremos nunca á una persona, nosotros seguiremos siempre, eternamente, el lábaro inmortal y sin eclipse de nuestras ideas.

Pero, Sres. Diputados, la situación nueva, ¿traerá consigo al menos el remedio al mal eterno de la

vieja situación? ¿Sabéis cuál es el mal eterno de esta situación? El menosprecio de las ideas. Por el menosprecio de las ideas se llega á no tener sistema, porque sistema es una serie lógica y encadenada de ideas, y por falta de sistema se llega á no tener parte alguna en política.

Ya he dicho muchas veces que esa política de hoy se parece á la construcción de una casa sin plano, y al trazado de un camino de hierro del cual no se hubieran hecho previamente los estudios. Ponerse á gobernar hoy sin ideas es lo mismo que si se pusieran desde el siglo xv los navegantes á navegar sin brújula.

Pues bien, Sres. Diputados, no basta con lo que el otro día dijo el Sr. Ministro de la Gobernación. El Sr. Ministro de la Gobernación nos dijo aquí: «Todos estamos unidos en los derechos individuales y en el sufragio universal.»

Pero al decir esto olvida la naturaleza de los derechos individuales y del sufragio universal. Los derechos individuales y el sufragio universal son medios, pero no son fines, no pueden ser fines políticos. Los derechos individuales son respecto á los pueblos lo que la inteligencia respecto á los individuos. Pero si á mí me dan la inteligencia por el placer de lucirla, no me dan nada. La inteligencia se le da al hombre para que busque la verdad. El sufragio universal es la voluntad, pero la voluntad no se tiene para querer, sin más razón que el querer, como

quiere el Sr. Eraso la abolición de las quintas, no; la voluntad se da para querer el bien. Los derechos individuales se dan para descubrir la verdad social; el sufragio se da para buscar el bien social. ¿Dónde está la verdad? ¿Dónde está el bien social? Hay dos escuelas aquí; hay aquí dos grandes escuelas separadas por dos ideales.

Hay una escuela que busca primero la tradición y después la libertad; hay otra escuela que busca primero la libertad y después la tradición; hay una escuela que quiere que los derechos individuales emanen de la ley; hay otra escuela que quiere que los derechos individuales sean ilegislables porque emanen de la naturaleza; hay una escuela que representa con justos títulos y con grandes fundamentos históricos los privilegios de las clases medias, y hay otra escuela que, con no menores títulos, representa los derechos de todas las clases sociales; hay una escuela que cree que la democracia debe estar todavía en tutela, y otra que cree, con razón, que es ya tiempo de emancipar á la democracia; hay una escuela que quiere una autoridad muy grande y una soberanía nacional muy pequeña, y hay otra escuela que quiere una soberanía nacional muy grande y una autoridad muy pequeña; hay una escuela que quiere centralización y ejército forzoso, y hay otra escuela que quiere descentralización y federación y ejército nacional; hay una escuela doctrinaria y otra escuela democrática: elegid la una ó la

otra, mas para acertar en vuestra elección comenzad por suprimir las quintas, que es la aspiración de la escuela verdaderamente democrática, porque las quintas son el horror y la abominación de los pueblos. He dicho.

RECTIFICACIÓN AL SEÑOR ALBAREDA.

Siento mucho que las condiciones del debate me obliguen á hablar estando el Sr. Albareda ausente, porque desearía contestar devolviéndole los saludos y las atenciones con que ha comenzado su discurso. Pero la Cámara, que le ha oído, que ha admirado su elocuencia, tiene ya formada una idea tan alta de él, que excusa los elogios míos. Y como quiera que aquí estamos bajo la ley del Reglamento.... (*El Sr. Albareda entra en el salón.*)

Decía yo que me eran muy gratas las atenciones que el Sr. Albareda había tenido conmigo al comenzar su discurso; lo atribuyo á la sincera y antigua amistad que me profesa.

Yo no seré ciertamente injusto si digo que el notabilísimo discurso con que el Sr. Albareda ha contestado al pobre mío, demuestra evidentemente la claridad de su inteligencia y sus altas dotes de orador y de político. Pero no creo yo que el Sr. Albareda tenga una gran confianza en la libertad. Y me